

¡Enrabiaos!

Algunos apuntes acerca de la *#Spanish revolution*

Cuando las palabras
son vaciadas de su contenido



nos invade la
pasividad de la
sumisión democrática

[...] cualquiera que hable de sociedad no-violenta sin hablar también de la demolición del Estado y del capitalismo tiene, no uno, sino miles de cadáveres en la boca. Un estado no-violento es una contradicción terminológica. El derecho lo sabe, y de hecho habla de monopolio legítimo de la violencia. ¿Legítimo? ¿Y quién lo dice? El Estado. El no-violento lo cree.

[...]

Capitini, aunque podríamos citar también a Gandhi, propugnaba el sabotaje de las estructuras opresivas como método de lucha no-violenta ¿Qué dicen los no-violentos que gritan contra el terrorismo, esto es, contra la violencia ciega e indiscriminada, cuando alguien sabotea una central nuclear o un laboratorio de biotecnología? ¿Acciones así producen o destruyen la violencia? No-violencia es aquí otro nombre para indolencia y cobardía.

La cuestión es que todos los defensores del orden definen no-violencia como respeto de la legalidad y del diálogo democrático.

INTRODUCCIÓN

Un fantasma recorre europa: el fantasma de la indignación. Ya no es necesaria una rabia, un odio hacia la clase antagónica, ni siquiera hace falta reconocer su existencia, ni de quienes—con porra y pistola en mano— se encargan de defenderla. Con estar indignado es suficiente.

Lejos de analizar un fenómeno —un espectro que, como un *dejà-vu* de lo peor del ciudadanía antiglobalización de hace unos años, que no es más que una añoranza por la pérdida de unos supuestos valores y privilegios que en la Europa pos Segunda Guerra Mundial han ido *in crescendo*— simplemente recopilaremos algunos escritos (unos viejos, otros no tanto) para hacer de este reciente empacho algo más que una mala digestión.

Mucho habría que escribirse, muchas cosas —buenas y malas— saldrán de todo esto. Las buenas se irán viendo con el tiempo, las malas no hace falta esperar mucho para verlas, ya que están calcadas en el ADN del *movimiento*.

Se nos dirá, con motivo quizás, que es fácil criticar algo de lo cual no se forma parte, a lo que podríamos responder con otra pregunta: ¿no es eso algo que los anarquistas siempre hemos hecho?

4 Se nos dirá que estamos perdiendo una oportunidad de «llevar nuestro discurso». No somos ni evangelistas ni políticos profesionales, no necesitamos «llevar nuestro discurso» y, de hecho, no hay nada más errado que pensar que tenemos un único discurso. Nuestras ideas están allí donde se cuestione la autoridad, la propiedad privada, los privilegios y la explotación: en definitiva, donde se cuestione y se actúe en contra de cualquier forma de opresión y jerarquía. Donde esto suceda, *ahí está* nuestro supuesto discurso, sin necesidad de que, como apóstoles, vayamos a llevarlo. Y es esa identificación con quienes luchan contra la dominación lo que nos hace reconocernos con los demás, sin necesidad de habernos visto las caras.

Se nos recordará, casi como si estuviésemos perdiendo la oportunidad de nuestras vidas, que era el momento para *salir del gueto*. Pero quienes nos sentimos cómplices de quien se rebela, de quien se insurge y lucha, de quien esta lucha la transforma en rebeldía contra lo que nos asfixia y no dejará de asfixiarnos a menos que hagamos algo, y quienes vemos en él un igual, uno de los nuestros, no podemos pensar en términos de gueto. Si salir del gueto significa abandonar nuestras complicidades más íntimas, nuestra capacidad de entendernos sin palabras, nuestra posibilidad de guardar esos (a veces terribles, a veces hermosos) secretos, algo no va bien.

Hoy más que nunca hay quienes sentimos una fuerte necesidad de fortalecer esos lazos, algunos sólidos y otros no tanto, que nos hacen encontrar una complicidad inexpressable, mediante miradas y guiños, entre toda esa muchedumbre que se indigna.

ESTO SE HUNDE*

[...] y cuando se hacía el sorteo siempre le tocaba al grumete ser devorado. Pero el tiempo de estos naufragios ya ha pasado. Y cuando los almirantes se caigan al mar (porque les tocará), nosotros no les tiraremos ningún salvavidas salvo que sea de piedra.

5

En los últimos tiempos, todos los aparatos estatales no hacen más que hablar de la violencia callejera. Lxs profesionales de la desinformación, que defienden a ultranza las intervenciones «humanitarias», como ahora llaman a las guerras, se escandalizan ante la reaparición de actos de rabia multitudinarios. Esas movilizaciones masivas, que en base a la acción directa —pasiva o activa— muestran a las claras que esto no va bien, dejan entrever o proponen, más o menos directamente, un proyecto de vida antagónico al actual y pretenden acabar con este circo de miseria humana y social al que este sistema nos somete.

Lxs cirujanxs de la democracia agonizante no ven más que gasolina ardiendo cuando un/a joven lanza un cóctel molotov o arden contenedores en cualquier barrio. Hay mucho más.

Nosotrxs —que como ese joven, estamos hartxs de repartir pizzas, trabajar para que otrxs se enriquezcan y notar la fría soledad urbana, la angus-

**A pesar de su actualidad, este texto estaba en una octavilla hecha en fotocopia a principios de la década pasada, y que desde entonces se encontraba entre otros tantos papeles amarillentos, también actuales en contenido, que acabó en un cajón del archivo de algún ateneo libertario.*

tia...— vemos en esa acción una expresión de rabia ancestral. Cuando un/a compañerx se encapucha e intenta tirar un extintor a un carro policial, vemos un intento pequeño y frágil de devolver parte de la violencia que como explotadxs hemos sufrido siglos y siglos.

Si reivindicamos estos actos no es tanto por un impulso irracional, sed de venganza o deseos de devolverles la pelota —que en más de un caso merecen— sino porque muchas veces expresan un anhelo vital por cambiar la sociedad. Reivindicamos estas acciones por la necesidad que notamos en nuestras entrañas y en las entrañas de nuestro planeta de una transformación radical. Una sola piedra, un solo grito, un solo cóctel, así tomados, de uno en uno, son como el polvo, no son nada pero unidos entre sí, viniendo de una multitud que en todas partes lucha y que tiene como propuesta urgente un modelo social mestizo de igualdad, reciprocidad y armonía significan muchas más cosas. ¿Por qué se describen estos actos como fruto de personas endemoniadas cuyo único argumento es la violencia y no como el germen de un movimiento revolucionario?.

Salimos a la calle, una vez más, porque sabemos que este es el lugar central de confrontación social de los proyectos antagónicos: reacción y cambio social. Sabemos que en el parlamento sólo se gestiona el capital y en los espacios públicos —cada vez más privados— es donde se ha cambiado históricamente el curso de los acontecimientos.

6 Si elegimos el día de hoy para salir es porque ya no podemos más, tenemos tanta rabia como para arrancar a bocados el asfalto y escupírselo a la cara a lxs perrxs —con perdón para lxs canes— guardianes y a lxs amxs de lxs perrxs. Pero también tanto amor como para después plantar huertas y bailar de alegría.

Rabia por los disparos en Gotemburgo; por los tres manifestantes muertos en Papúa Occidental; por lxs heridxs —uno de ellxs de por vida, con pérdida de un ojo— de Barcelona en la visita del Banco Mundial y los recientes desalojos; por el asesinato de Génova y por todxs lxs luchadorxs sociales terriblemente reprimidxs en el mundo: Bolivia, Turquía, Sudán, Filipinas, Nepal y un etcétera interminable.

A una cristalera rota ellxs le llaman «terrorismo de baja intensidad» y entonces nosotrxs preguntamos: ¿qué tipo de terrorismo son las brutales palizas de Gotemburgo, los charcos de sangre en Génova, la intimidación violenta de los interrogatorios, el allanamiento y desalojo de viviendas?, por no hablar de otras formas de represión como son la vigilancia vía satélite, la intervención de teléfonos, los archivos de ADN y el incansable helicóptero.

Sabemos bien que la rabia no lo es todo. Necesitamos también afirmar nuestro amor, luchar por una vida digna para todas las personas, tejer relaciones más humanas, expresar nuestros afectos y nuestras pasiones y poco a poco ir construyendo la perspectiva de un mundo diferente.

Por eso repudiamos los intentos de domesticar nuestras reivindicaciones —o de dividirnos entre violentxs o no violentxs— que realizan también (y

tan bien) casi todas las ONG, partidos políticos, sindicatos, pacifistas oficiales y en general, hipócritas oportunistas. A todxs ellxs les recordamos que el capitalismo renace y se refuerza a través de su crítica y que a lo largo de la historia no han hecho más que ponerle parches y perpetuarlo. Nosotrxs queremos acabar con él, de una vez y para siempre.

Tomamos las calles para cultivar un respiro de vida y comunidad, en una ciudad agobiante y contaminada por la mercancía, con la intención de superar la angustiada supervivencia cotidiana, el canibalismo social, la dictadura de los *mass media*, el terrorismo policial, el racismo difuso, la histeria nacionalista, el sectarismo religioso y la descomposición cultural.

Sentimos entonces la necesidad de fomentar un guiño de solidaridad con lxs excluídxs, lxs malditxs, lxs insumisxs y lxs rebeldes de todo el planeta; sin la más mínima nostalgia hacia ese viejo sistema que hace agua por todas partes. No aceptaremos ninguna negociación con el impresentable presente que nos imponen ni tendremos temor alguno por afirmar, en el fondo y en la forma, el futuro por el que luchamos.

Reivindicamos la revolución social y aunque para algunxs modernillxs suene caduco, la anarquía por el comunismo.

¡AMOR Y RABIA!

**¡CONTRA SU VIOLENCIA,
NUESTRA RESISTENCIA!**

¡SUBVERSIÓN TOTAL!

¡SIN JUSTICIA NO HABRÁ PAZ!

AL DIABLO CON EL TRABAJO, LA VIVIENDA Y EL FUTURO

«El futuro es una trampa de los políticos, así como el pasado un invento de los curas más crueles».

Hospital Psiquiátrico de Murcia. Declaración de un esquizofrénico.

8

Una sensibilidad anti-capitalista no puede entusiasmarse ante las demandas de «Juventud Sin Futuro». Pedían TRABAJO, vale decir «alienación laboral», consentimiento en la extracción de la plusvalía, «presidio industrial», en expresión de Bakunin. Exigían VIVIENDA, ese «ataúd con ventanas», como lo definió Baudelaire, que nos ata a un lugar homívoro y a un oficio prostituido. Reclamaban FUTURO, cuando, en la realidad de este mundo, solo hay porvenir si se siguen, aunque sea de manera revoltosa, las «instrucciones de uso de la vida», si se acata la prescripción (necesariamente vil, degradante) de un «modo de empleo de nuestras jornadas», por recordar un título de Georges Perec.

«Democracia Real Ya» ha tenido un éxito provisional gracias a sus ambigüedades y a una hábil explotación de la racionalidad política moderna. Me recuerda todas las miserias de la «Otra Campaña» Zapatista: abogar por una convergencia de los descontentos que ignora la fisura radical, la fractura absoluta, que separa a unos disconformes de otros.

Porque existen los odiadores del Trabajo, de la Casa y del Futuro ofertado; y apenas caben en un movimiento como «Democracia Real Ya». Los que entraron, saldrán precipitadamente.

Existen los enemigos de la Democracia Liberal, de la Democracia Representativa, de la Democracia de Partidos, gentes que sueñan con la Democracia Directa, asamblearia, tal como se ha dado y en cierta medida se sigue dando en determinados pueblos indígenas de América Latina, África, Asia y los Círculos Polares. Democracia Directa que también se conoció en nuestro país, en el entorno de lo que hemos nombrado «mundo rural marginal». Pronto empezarán a abandonar el movimiento, pues lo valorarán reo de la demagogia «democratista».

Existen los adversarios de un «Estado de Derecho» que, desde sus orígenes, oculta una guillotina en su trastienda; adversarios de esta «farsa sangrienta», en el decir viejo de Anatole France y más reciente de Emil

Ciorán, ficción celebrada sin descanso por nuestros media, adocenados y sobornados. No podrán soportar la inflación «ciudadanista» del nuevo discurso, pseudo-contestatorio.

Y existen los detestadores del hiato social, de la explotación de clase, de una subordinación económica que se nutre precisamente de aquel anhelo (inducido) de empleo, casa y futuro. Abandonarán una plataforma que habla de política y de economía, pero que rehuye el problema estructural de la dominación social, de la antítesis Capital-Trabajo.

Todas estas gentes no pueden congeniar con el espíritu de «Democracia Real Ya», un movimiento que, por su índole «populista» (aunque se trate de un populismo de la desafección y hasta de un populismo del resentimiento), va a desembocar, sin remedio, en las playas de la aceptación de lo dado, de una propuesta de optimización de la democracia falsaria, de reforma de lo Establecido, una vacuna que el Sistema acepta de sus contradictores disminuidos para inmunizarse a la crítica radical y, de paso, fagocitarlos. No le costará mucho a la Institución asimilar un engendro que, en su discurso central, hiede a regeneración de la socialdemocracia y revitalización de la sociedad civil, con un anverso polemista y un revés mendicante...

Frente a los que demandan Empleo (esclavitud), Vivienda (cadena) y Futuro (automatismo existencial), están los aspirantes a la autonomía y a la libertad personal, estigmatizados y casi perseguidos por lo que Horkheimer llamó «la policía social anónima», tachados de «perdedores», «inadaptados» o «anti-sistema». Siendo verdad que a estos insumisos de fondo, de quienes se sentiría «compañero» Diógenes de Sínope, no les irá muy bien en la vida, no me cabe duda de que a los otros, a los simuladores de la confrontación y de la rebeldía, les irá peor -muchos de ellos «triunfarán», se instalarán, serán aplaudidos, morirán neciamente sus vidas y conquistarán las cimas de lo que el mundo antiguo llamó «idiotismo».

LO MAS VIOLENTO DE TODO SERÍA VOLVER A LA NORMALIDAD*

En Plaza Cataluña ya somos miles. Hemos tomado el centro de la ciudad. Lo hemos hecho nuestro, y con nuestra determinación hemos abierto una rendija de indignación en el muro del consentimiento y la resignación social.

Ahora sólo tenemos dos opciones: dejar que esta grieta se cierre, perdiendo una oportunidad única para un verdadero cambio social, o bien abrirla tanto cómo podamos, ensanchándola hasta que afecte los fundamentos de la miseria y la explotación.

10 Si queremos llegar a algún lugar, si queremos que todo aquello que despreciamos y denunciemos desaparezca, hay que traspasar los límites de la plaza. Hay que traspasar los límites de la misma legalidad que ayer nos decía que no podíamos ocuparla, y hoy nos dice que no podemos salir, que no podemos tocar la normalidad que la rodea.

Hace falta desobedecer la voz del Poder cuando nos dice que cortar una calle es violencia mientras corta vidas humanas con paro y explotación, cuando nos dice que enfrentarse a la policía es violento mientras tortura inmigrantes y disidentes a las comisarías, cuando nos dice que atacar un banco es violento mientras deja familias enteras en la calle por no poder pagar la hipoteca.

Hace falta desobedecer, porque ninguna revolución se ha hecho nunca respetando las leyes de los poderosos. Hace falta desobedecer, porque lo más violento de todo no sería continuar actuando ilegalmente, sino dejar pasar la oportunidad de acabar de una vez por todas con todos los abusos, con toda la violencia masiva que esta sociedad produce.

Hay que tomar las calles, hay que extender la revuelta a todos los barrios y a todos los ámbitos.

No queremos sólo una plaza, queremos toda la ciudad.

* *Octavilla repartida en la Acampada de Plaza Cataluña (Barcelona)*

HAY MUCHOS TIPOS DE VIOLENCIA,

está en todas partes, y nadie, por más que se proclame «no violento/a», es ajeno a ella. Ya sea por activa, ya sea por pasiva, nuestros actos y nuestras costumbres contienen grandes dosis de violencia para satisfacer nuestro estatus, nuestro bienestar, nuestras costumbres y ocios; en definitiva nuestra forma de vida.

La cuestión no es si somos violentos o no, sino si asumimos que nuestra forma de vida genera violencia (directa o indirectamente), o por el contrario nos creemos en un estadio superior de pureza donde sólo vemos lo que veremos ver, ignorando aquellas cosas que nos hacen sentir incómodas.

Las personas que se consideran «no violentas» deberían plantearse si no están delegando la violencia necesaria para el desarrollo de su vida (cómoda vida en un país occidental, por más que nos encontremos en medio de una crisis endémica) en los especialistas de la violencia: maderos, granjeros, matarifes, seguratas, etc. Delegar nuestras responsabilidades no nos hace menos responsables. De la misma manera que el, mejor dicho la ministra de defensa es responsable de las violaciones, torturas y asesinatos que cometen los soldados que previamente ha enviado a pueblos que padecen guerras y poseen petróleo, nosotros somos responsables cuando hacemos que otros actúen violentamente en nuestro beneficio.

11

Algunos ejemplos cotidianos de violencia:

VIOLENCIA es consumir productos de origen animal, especialmente cuando estos productos se «fabrican» de manera intensiva, haciendo entonces que los animales padezcan desde que nacen mutilaciones, violaciones, secuestros a cadena perpetua, engordes forzados, amontonamiento, torturas, desnutrición y maltratos varios hasta la lenta y dolorosa muerte.

VIOLENCIA es llamar a la policía cuando tenemos un problema que no sabemos resolver, por lo que éste se resolverá mediante el miedo que generan a gran parte de la población (por la amenaza de las armas que llevan o de lo que te puede caer en forma de multa o prisión) o mediante la fuerza, como hacen en numerosas ocasiones (¡muchas de ellas sin provocación previa!).

VIOLENCIA es gritarle a alguien para evitar que grite e insulte a la policía. ¿O es que se merece más respeto un antidisturbios que está apalizando a alguien que alguien que sencillamente grita de impotencia? ¿o es que

Este texto apareció en Internet poco después de la brutal actuación de los Mossos d'Esquadra en Plaza Cataluña el 27 de mayo, con el título «Violencia es menjar carn».

tiene más derecho a gritar alguien de la Organización o de cualquier Comisión de veto a saber que, que el resto de los mortales?

VIOLENCIA es, sencillamente, consumir cosas que no sabemos ni de donde vienen, ni cómo se fabrican, ni de qué país en guerra provienen sus materiales, pero sobretodo, lo más violento es no querer saberlo para no sentirnos cómplices, creyendo que ignorancia es lo mismo que inocencia.

VIOLENCIA es ver una paliza de los seguratas del metro a alguno que se ha colado y no decir nada, mirar al suelo, seguir caminando y justificar nuestra pasividad con el «si hubiese pagado como yo eso no le sucedería...»

VIOLENCIA es ir a trabajar cada día, pero sobre todo el día después de que han despedido a algún o algunas compañeras y pasar a su lado sin mirarle a la cara pensando que «es la ley del mercado».

VIOLENCIA es ver una redada donde cuatro chavales de cara a la pared están siendo humillados por la prepotencia xenófoba-machista-policia, por la sencilla razón de parecer «moros». Y más violento es ver la indiferencia a su alrededor, como si eso no estuviese sucediendo, quizás por miedo a los cuerpos policiales, quizás por el racismo de gran parte de la sociedad, o quizás por que hay prisa porque hoy juega el Barça.

12

VIOLENCIA es buscar trabajo y tener que humillarte, rebajarte, desnudarte moralmente y comerte la dignidad para mendigar una mierda de trabajo mal pagado del que seguramente te echarán cuando quieran, o cuando oses quejarte de que haces más horas de las que cobras o de que hace dos meses que no te pagan.

VIOLENCIA es sentir los gritos de la vecina cada noche cuando su marido llega a casa medio borracho y descarga la impotencia por la mierda de vida que lleva; y más violento es subir el volumen de la tele para no escucharlos y no tener que ir a llamar a la puerta de delante.

VIOLENCIA es consumir energía sin ser capaces de generarla a pequeña escala, fomentando las centrales nucleares con sus «accidentes», o la inundación de pueblos enteros para hacer centrales hidráulicas, o las mareas negras que de tanto en tanto nos visitan «por culpa de un temporal», o la contaminación de las térmicas, o que planten decenas de «molinos sostenibles» delante de casa (de la gente campesina).

VIOLENCIA es vivir en una ciudad haciendo que nos traigan todas nuestras necesidades de fuera y, paradójicamente, mientras más lejano sea el origen más barato es el producto, fomentando monocultivos intensivos que

destrozan tierras lejanas, porque las de aquí quizás ya nos las hemos cargado.

VIOLENCIA es, como decía un cartel después de la huelga del 29S, esta normalidad en la que vivimos, esta democracia en la que, mientras no intentes cambiar nada, siempre podrás quejarte, indignarte y patalear.

VIOLENCIA es creer que antes de la *spanishtwitterrevolution* no había habido luchas mucho más dignas, pero más violento es ver como se rebajan y asimilan discursos y puntos mínimos pseudo reformistas, personas con una larga trayectoria de lucha seria contra la dominación, pensando que eso puede ser el embrión de alguna cosa. Violencia es comparar esta pantomima con las revueltas nord-africanas que han dejado decenas de muertos y heridos. Violento es ser enemigo de una multitud (de derechas y de izquierdas, que más da) y verla mover las manos al viento para aprobar pedir una reforma electoral que, aunque somos apartidistas, sólo beneficia a los partidos políticos; aunque ninguno nos represente, sería una herramienta para nuestros futuros representantes. Violencia es, en todo caso, la ley de partidos que excluye a gran parte de la sociedad vasca, y más violento es que a la *#spanishrevolution* no se le haya ocurrido exigir su derogación. Violencia es decirle revolución a algo que no pretende revolucionar nada, que ni tan siquiera tiene algún objetivo pragmático ni lo puede tener porque las revoluciones nunca han sido de derechas y de izquierdas a la vez, de empresarios y parados, de ricos y pobres...quien tense más la cuerda se llevara el pastel, podrá marcar la línea a seguir y arrastrar a los ingenuos, perdón, a los indignados que queden. Pero es evidente que las acampadas están siendo unas buenas plataformas para los trepadores y líderes de los pequeños partidos y organizaciones que ven como, por primera vez miles de personas les escuchan mientras dejan ir sus discursos, miles de personas que no saben que están escuchando a los cabecillas de listas de algún partido, asistiendo sin darse cuenta a un mega-mitting-poli-partidista.

13

VIOLENCIA es... un montón de cosas, muchas de las cuales formamos parte o somos directamente responsables, pero no podemos negar que el ser humano es el animal más violento del planeta, somos extremadamente violentos, y a menudo, gratuitamente violentos. La cosa es: ¿Quién está libre de violencia para imponerle a alguien una No-Violencia parcial? ¿Dónde está la frontera entre violencia y no-violencia? ¿Es posible que, con los años y la interiorización del civismo esta frontera haya avanzado, logrando cada vez más situaciones y maneras de hacer? ¿Serían hoy violentos los objetores e insumisos que hace veinte años se enfrentaban a penas de prisión por luchar contra los ejércitos?

¡Ninguno está libre de pecado! ¡Tu también puedes tirar la primera piedra! ¡Amén!

IDENTIDAD E INDIGNACIÓN

14

Algo más potente que la gestación de un movimiento es la creación de una identidad. Más allá de toda la masividad de las movilizaciones y lo sorprendente del 15M, lo que más me llamó la atención es ver cómo, bajo unos mínimos muy mínimos y hasta contradictorios, en la acampada de Plaza Cataluña lo que se estaba forjando era una identidad: repetición hasta el hartazgo de frases hechas —que muchas veces dicen lo opuesto—, una fe ciega en los valores democráticos, una práctica totalmente acrítica de la no-violencia, una tolerancia inaudita hacia políticos y politiqueros de dudosa procedencia, una nostalgia sin precedentes hacia un bienestar que en el fondo nunca existió—por lo menos entre los sectores sociales que se encuentran más allá (más abajo) de la clase media—, unos códigos de signos de comunicación asamblearios que con un simple gesto y sin argumentos pueden tirar por suelo a las propuestas más interesantes, un logotipo identitario que hasta se ha visto tatuado en muchas pieles de los *acampados*.

La identidad quiere ser visible. Por eso los gestos, costumbres, palabras y su utilidad directa: asegurar la visibilidad, lo que es determinante en la identidad. Desde este punto de vista es evidente que algunas mascararas no están ahí para esconder las caras sino para manifestar una identidad.

En la acampada se podía percibir de todo un poco, cada cual con su pedrada. Alguien me comentó que parecía un mercadillo de ideologías. También, se podían ver a todos esos partidos que buscaban una tajada del pastel. Y claro que habían personas desengañadas y desencantadas del sistema político y económico, pero en la mayoría de los casos buscando un nuevo encantamiento, siempre dentro de la misma lógica.

En realidad la identidad que se entiende como universal, y en principio sin identidad, es una cierta clase social: la clase media occidental. No tiene identidad porque es la clase social estándar, el referente abstracto de las otras clases. Y es quizás esta la razón por la que en este movimiento, en este batiburrillo de *indignados* y *acampados*, sea esta clase social la que más participa, la que aporta sus valores, su ética y sus temores.



El tan aclamado libro, del cual se dice que es la biblia de los *indignados*, la verdad que no dice nada. Para empezar a hacer una reseña del libro, primero intentemos conocer al personaje que lo escribió, ese tal Stéphane Hessel: ¿es un entrañable abuelito de 93 años quiere compartir su sabiduría con las jóvenes generaciones? No, es un diplomático francés, que participó en la resistencia a la ocupación nazi, y luego fue embajador de Francia ante la ONU. Un defensor del estado de bienestar y del Estado democrático. Y en esto se basa su mensaje. Y lo aclara todavía más en su declaración posterior a lo sucedido en el parlamento catalán del 15 de junio [2011] ante el intento de bloqueo por parte de cientos de personas el día que se aprobaban los presupuestos, ya que según él es «intolerable cualquier intento de paralización de las instituciones de representación democrática, así como la coacción de todo tipo ejercida contra los representantes de la voluntad popular». Sería interesante que no se olvide de los tantos miserables personajes de la historia elegidos por esa misma «voluntad popular».

Mucho se ha hablado de este libro en los últimos meses y son muchas las «victorias» que se le atribuyen, pero quien está acostumbrado a buscar lecturas interesantes, críticas e incluso propositivas verá que este libro no

dice absolutamente nada. No sólo no dice nada nuevo, sino que no dice nada: habla de indignarse, resistir y crear, pero ¿que mierda está diciendo cuando dice esto? Pues eso, nada. Los periódicos y revistas han llenado páginas en los últimos tiempos sobre este libro, pero tampoco ahí se puede encontrar lo que Hessel quiere decir con indignarse, resistir y crear.

El texto comienza hablando de todo lo ganado gracias a la Resistencia y a las Naciones Unidas, de las cuales él formó parte. Estos éxitos los enumera y el latente peligro de la pérdida de éstos es el motivo de su indignación: el peligro que corren la Seguridad Social, las pensiones y las fuentes de energía y los bancos nacionalizados; pero claro, como buen socialdemócrata que es, Hessel no dirá nada del origen de esas fuentes de energía ni de la relación directa entre la riqueza de esos «bancos nacionalizados» y la herencia de la colonización y la actual recolonización francesa.

Más adelante, hablando de los bancos nos comenta que éstos «una vez privatizados, se preocupan mucho por sus dividendos y por los altos salarios de sus dirigentes, no por el interés general». Pero, hay que ser realmente ingenuo o cabrón para pensar que hay alguna diferencia entre un banco privado o un banco nacionalizado: el funcionamiento de ambos se basa en lo mismo, la usura y la especulación. Su sugerencia define de forma bastante clara su visión y la del movimiento que ayudó a gestar: «Los responsables políticos, económicos e intelectuales, y el conjunto de la sociedad no deben dimitir ni dejarse impresionar por la actual dictadura de los mercados financieros que amenaza la paz y la democracia». Una paz que sólo él, desde su cómodo apartamento, con su pasaporte diplomático y su pensión vitalicia pueden disfrutar; una paz que los jóvenes de las periferias de la democrática república no conocen y cada tanto recuerdan al resto de la población de que hay una guerra y siempre la hubo. Que la paz no ha llegado a los suburbios.

Luego viene la parte, digamos, filosófica del texto titulada «Dos visiones de la historia»: cita a Sartre, habla de Hegel y de Benjamin. Estudió a estos tres filósofos para llegar a la conclusión de que «cuando el hombre ha alcanzado su completa libertad, se tiene el estado democrático en su forma ideal».

En el siguiente capítulo nos cuenta que participó en la redacción de la Declaración Universal de los Derechos Humanos adoptada por la Organización de Naciones Unidas, organización de la cual fue secretario. Dicha declaración, según sus propias palabras, sirvió para que pueblos colonizados se acogieran a ella para su lucha por la independencia: dudo que cualquiera de esos pueblos colonizados pudiesen hacer mucho con esto; si se refiere a los países africanos «descolonizados» en la segunda mitad del Siglo XX, pues habría que recordarle a *monsieur* Hessel que lo que sucedió en África fue que la colonización cambió su forma, y los Estados como el francés, al cual él representa y defiende, se encargaron de instaurar en todo el continente africano oligarquías y regímenes militares fieles a occi-

dente, y que todavía miles de pueblos, etnias y clanes, con lenguas, credos y culturas diferentes a la oficial, se encuentran oprimidos y marginados de todas las formas posibles.

En el capítulo llamado «Mi indignación a propósito de Palestina» nos cuenta que con su esposa, y «gracias» a los «pasaportes diplomáticos» que poseen, visitaron Palestina tras la Operación Plomo Fundido que Israel realizó en Gaza, el bombardeo que dejó más de mil muertos. Como era de esperar, no hace ninguna crítica real al Estado de Israel (Hessel participa en la campaña de boicot a los productos israelíes), ya que ésta no se puede hacer sin tocar los fundamentos del Estado en sí y de la democracia, sin hablar del militarismo y la explotación capitalista de los palestinos por las empresas israelíes. Su crítica se limita a una indignación de un hecho, típico y superficial en la crítica: «que judíos puedan cometer crímenes de guerra es insoportable». El resto de las comunidades religioso-culturales los pueden cometer, no hay problema, se puede soportar. Y para acabar esta sección, y quizás sea lo único realmente lúcido y coherente, dice que «hay que reconocer que cuando se está ocupado con medios militares infinitamente superiores a los nuestros, la reacción popular no puede ser sólo no-violenta». Algo que los *indignados* españoles, discípulos de Hessel no entienden o no quieren entender: estamos bajo ocupación militar y policial: no hay más que ver lo que sucede en Italia, lo que ocurrirá pronto en la *banlieues* del país que Hessel tanto ama, y lo que sucede en algunos contextos de protestas en el Estado español —diariamente en Euskal Herria—. Pero la tiene que cagar y decir que «uno no se debe exasperar, uno debe esperar»: tranquilizantes y ansiolíticos ciudadanistas.

En consonancia con Sartre, Hessel piensa que «uno no puede excusar a los terroristas que arrojan bombas, pero puede comprenderlos», pero ni él ni sus *indignados* ibéricos comprenden que hay personas a las que no nos gusta que nos peguen y nos machaquen como hacen los cuerpos de policía de todas las latitudes más allá de su ideal mundo de paz y democracia: las torturas físicas y psíquicas son sistemáticas, así como las muertes en prisión. Defendernos ante estas atrocidades es para muchos de nosotros un gesto de «dignidad». Siguiendo en esa línea, nos dice que «tanto por parte de los opresores como por parte de los oprimidos, hay que llegar a una negociación para acabar con la opresión», pero los opresores no entienden de negociación a menos que vean peligrar su posición, cosa que jamás una «insurrección pacífica» ha logrado, ya que «sobrepasar los conflictos —como dice Hessel— por medio de una comprensión mutua» con los poderosos y opresores, es imposible. Podríamos responderle citando a Errico Malatesta: «el esclavo siempre está en un estado de legítima defensa, así que su violencia contra su patrón, contra el opresor, está siempre moralmente justificada». Esto respondería también a lo que plantea en el apartado final del folleto (titulado «Por una insurrección pacífica»): con un lenguaje repentinamente apocalíptico nos recuerda cual mesías que «nos

amenazan los riesgos más graves; riesgos que pueden poner fin a la aventura humana sobre un planeta que puede volverse inhabitable». Lo que es incapaz de ver este hombre, como el resto de los ciudadanistas, demócratas e *indignados*, es que la «aventura humana», como él la llama, es menos aventura que sufrimiento para una gran parte del planeta, seguramente la mayoría, que viven en sitios donde tanto la economía como los valores europeos y occidentales los han vuelto «inhabitables» desde hace décadas. También nos habla de una supuesta sucesión de «progresos» (?) desde 1948 —año de la Declaración de los Derechos Humanos— como «la descolonización, el fin del apartheid, la destrucción del imperio soviético, la caída del Muro de Berlín», progresos que se vieron truncados a raíz del 11-S. Nada que decir de Chernóbil, de los ensayos nucleares que Francia realizó mientras él era embajador, de las guerras en las que Francia participó en todos estos años, ni del chantaje económico que este país y el resto de la Unión Europea realizan a los países africanos... Pero repite que «hay que esperar, siempre hay que esperar», no vaya a ser que nos tomemos en serio lo de los «graves riesgos» y hagamos algo real para acabar con ellos.

Tratando los ejemplos de «insurrección pacífica», que como un juego de palabras irreconciliables nos intenta vender, habla de las manifestaciones semanales de Bil'in, la pequeña ciudad palestina afectada por el muro donde, según él, los manifestantes protestan «sin usar piedras ni la fuerza». Aquí, una vez más, no sabemos si es pura ignorancia o hace uso de su astucia para vendernos la moto: hay decenas de fotos y hasta documentales donde se muestra que la gente de Bil'in resiste de las maneras más variadas, con manifestaciones pacíficas, pero también con sabotajes a las obras y piedras contra el ejército israelí o la policía palestina. También nombra a Nelson Mandela en los ejemplos de resistencia no-violenta, ocultando que éste muchas veces optó por métodos que hoy en día serían considerados como «terroristas».

Para finalizar su obra, luego de apenarse de que ni Obama ni la Unión Europea estén haciendo mucho para reducir la pobreza, dice que «crear es resistir, resistir es crear». No dice que es lo que hay que crear, ni a lo que hay que resistir. A lo que podríamos agregar que no es posible crear ni resistir sin destruir, sin destruir todos esos valores del progreso, de los derechos, del bienestar, de la democracia que él, como embajador de los valores burgueses, defiende.

*«Violento», «terrorista»,
es hoy cualquiera que
rechace el diálogo
con las instituciones,
aunque únicamente
destruya máquinas
para hacer hablar al
hombre. Quien manda,
determina el sentido
de las palabras. Quien
determina el sentido de
las palabras, manda.*